

CAPÍTULO IV

NEOLIBERALISMO Y MIGRACIÓN ACELERADA

Hasta los años noventa, los estudios sobre la migración de mexicanos a Estados Unidos se habían centrado en el análisis del fenómeno en la región histórica conformada por los estados de Michoacán, Guanajuato, Jalisco y Zacatecas (Bustamante 1997; Cornelius 1989; Durand 1994; Durand y Massey 2004; Goldring 1992; Massey et al. 1991; Mines 1981; Wiest 1979). Este flujo se caracterizó por su circularidad, por tener en la agricultura su principal nicho laboral y tener los estados fronterizos del sur de Estados Unidos como principales lugares de destino. A mediados de los años ochenta y, de manera más acelerada, en la década de los noventa, se dio una incorporación masiva de poblaciones del centro de México que no contaban con una tradición migratoria hacia el vecino del norte.

Corona (1993), López y Cederström (1990), Motta (1990), Smith (1993, 1994; 2006) y Valdéz (1994) fueron de los primeros en documentar la incorporación de poblaciones del centro del país al circuito migratorio internacional. Estos autores analizaron los patrones migratorios, el impacto de las remesas, la movilidad ocupacional de migrantes y sus familias y los procesos que han perpetuado este fenómeno en la región. No obstante, como Binford mencionó, en aquellos años, hacía falta “[...] una

reflexión sobre los factores que se encuentran detrás de la baja incidencia histórica de la migración internacional y su rápido crecimiento en los años recientes” (Binford 2004:2). En este capítulo se presentan los procesos estructurales que tomaron lugar en México desde los ochenta y la implementación del modelo neoliberal como los principales factores que dieron pie a la migración acelerada en el centro de México.

Crisis y neoliberalismo: del bienestar a la vulnerabilidad

Entre 1951 y 1970 México atravesaba por una etapa de relativa estabilidad económica conocida como los “años dorados” que se caracterizaron por el crecimiento del producto interno bruto (PIB) per cápita de 3 a 4% anual con una tasa de inflación promedio de casi 3% anual (Lustig y Székely 1997). Dicho crecimiento se reflejó, principalmente, en las crecientes urbes del centro de México, permitiendo un estándar de vida digno para gran número de habitantes de estas zonas por casi veinte años. Durante esos años, los principales desplazamientos en el centro del país se dieron de manera interna; es decir, de zonas rurales hacia crecientes urbes como la Ciudad de México, Puebla, Veracruz y Tlaxcala, por mencionar algunos.

A mediados de los setenta, el crecimiento económico de México llegó a su fin al ser impactado por una recesión que dio paso a una breve crisis en 1976. Esta crisis se debió a: “que la expansión del gasto público no fue acompañada de incrementos en la recaudación, el déficit fiscal creció y con él aumentó la tasa de inflación; y al incremento en los precios internacionales del petróleo que significaron un choque externo de importancia para México” (Lustig y Székely 1997:2). Pese a las predicciones de estabilidad y crecimiento acelerado de la economía en México en 1978 por parte de los

tecnócratas, el panorama se vio sesgado por fuertes olas de inestabilidad económica nacional, principalmente en las zonas urbanas del centro de México.

Simultáneamente, a finales de los años setenta, el capitalismo global se encontraba en un momento crítico debido a una recesión en el mercado global desde 1973. El pacto entre capital y trabajo, posterior a la Segunda Guerra Mundial, en países desarrollados y en vías de desarrollo, donde el Estado había puesto gran énfasis en el sector social (programas de asistencia, salarios individuales, prestaciones, seguridad social), empezaba a colapsar (Harvey 2007). Las herramientas anteriormente implementadas para la regulación del comercio y las finanzas internacionales, que propiciaron altas tasas de crecimiento en países capitalistas avanzados, ya no resultaban útiles y “se necesitaba urgentemente una nueva alternativa para reiniciar el proceso de la acumulación de capital” (Harvey 2007:3). En un momento caótico de la economía mundial, caracterizado por altas tasas de desempleo y una inflación acelerada, el modelo neoliberal surgió como respuesta para hacer frente a esta situación tanto en países avanzados capitalistas como en países en vías de desarrollo (Harvey 2007).

En el año 1982, la economía mexicana se caracterizó por grandes devaluaciones del peso, caos en los mercados financieros y la desaceleración abrupta de la actividad económica en el país. Como respuesta a esto, en el año 1982, “México se vio obligado a ajustar el gasto interno, reorientar la producción y encontrar nuevos caminos para impulsar el crecimiento económico” (Lustig y Székely 1997:4). Para enfrentar esta situación se adoptó el enfoque económico neoliberal (la síntesis neoclásica) ya implementados en economías de países de América y Europa. En México. Así mismo, la

adopción de este modelo vino de la mano de la privatización de empresas públicas, la liberalización del mercado y una reconfiguración del campo.

El neoliberalismo en México ha estado caracterizado por dos acontecimientos que hasta la fecha han tenido fuertes repercusiones en el país: en primer lugar, la reforma agraria, promulgada a fines de 1991, que autorizaba la privatización del ejido y el desmantelamiento de los apoyos institucionales y subsidios en el agro bajo la premisa de que este giro favorecería al desarrollo agrícola y el ajuste total de la propiedad (Juárez-Sánchez et al. 2006). En segundo lugar, la liberalización comercial a mediados de los ochenta que culminó con la firma del Tratado de Libre Comercio de América del Norte en 1994 (TLCAN) que priorizaba la apertura de mercados para el flujo de capital y productos, pero no de personas (Delgado 2009; Egurrola y Quintana 2010; Huerta 2010; Lustig y Székely 1997; Ramírez y Meza 2012; Villarreal 2011).

La adopción del neoliberalismo en México ha favorecido a la agudización de la pobreza, principalmente en las zonas rurales, el práctico abandono del campo, la relación jerárquica desigual en la competencia de mercados entre México, Estados Unidos y Canadá, donde México se encuentra hasta el fondo y, la dependencia con instituciones internacionales por la toma de decisiones de industrialización (Bartra 2003; Ocampo 2004; Otero 2004). Las comunidades en México se enfrentan cada vez más a un escenario caracterizado por trabajos escasos y precarios, altos índices de inflación y la depreciación de los salarios que ha implicado el deterioro del nivel de vida de los trabajadores y sus familias (Egurrola y Quintana 2010). Hoy en día, el sector rural de México, y crecientemente el urbano, experimentan un excedente de mano de obra que

resulta cada vez menos necesaria en un contexto de desigualdad social abismal, inseguridad, vulnerabilidad y precariedad laboral (Appendini 2008). La ruralidad es sinónimo de pobreza, pero las condiciones y oportunidades en las ciudades tampoco son suficientes para brindar el bienestar de sus habitantes. No resulta entonces sorprendente que la migración hacia Estados Unidos se extienda a diferentes zonas del país.

Una de las regiones que ha sido afectada por estos reajustes ha sido la Mixteca. Los efectos nocivos se intensificaron conforme las políticas de liberalización del campo mexicano continuaban y acuerdos comerciales como el TLCAN se ponían en práctica, resultando en incrementos en los precios de los energéticos y de alimentos, altas tasas de desempleo y la precarización laboral (Rivera-Sánchez 2004). La migración de zonas rurales a las paralizadas urbes del centro de México ya no resultaba una estrategia viable, poniendo en peligro las formas de subsistencia de las familias en las zonas rurales. Esto favoreció a que millones de habitantes de la región encontraran tan atractiva la migración hacia Estados Unidos. Zapotitlán Salinas, al igual que cientos de comunidades del centro del país, no fue la excepción.

La migración acelerada: los “nuevos migrantes”

La migración hacia Estados Unidos en la zona del occidente y bajío es ya centenaria y se caracterizó por la expulsión de hombres, principalmente jefes de familia, a los estados de California, Arizona, Nuevo México, Illinois y Texas, que se ocuparon en las más diversas actividades, entre las que destacó la agricultura. Más de cien años de migración internacional en el occidente y bajío de México han arrojado un sinnúmero de trabajos que nos

han permitido contextualizar y entender el fenómeno migratorio en estas regiones (Durand y Massey 2004; Goldring 1992; Massey et al. 1991, entre los más destacados).

De manera más tardía y con patrones diferentes a la región histórica, en los años ochenta, y de manera acelerada en los noventa, se dio la incorporación de nuevas comunidades del centro del país al circuito migratorio internacional México-Estados Unidos (Binford 2004). Esta nueva ola de migrantes se dirigió a tradicionales y nuevos destinos en la unión americana: Washington, Carolina del Norte, Georgia, Nevada, Florida, Colorado, New Jersey y Nueva York (Binford 2004; Cordero 2007; D'Aubeterre 2000; D'Aubeterre y Rivermar 2011; Fundación BBVA Bancomer y CONAPO 2013; Furlong 2010; Lee 2008; Macías y Herrera 1997; Marchand y Runyan 2000; Marroni 2000; Rivermar y Cordero 2008).

A diferencia de la tradición del occidente y el bajío, la migración del centro se ha caracterizado por un alto índice de indocumentados por su relativa incorporación tardía al circuito migratorio internacional. En 1987, después de varios años de gestión, el gobierno estadounidense promovió la regularización de más de 2.5 millones de mexicanos indocumentados, tal y como lo dispuso la amnistía conocida como IRCA. Al demostrar largas estadías y buen comportamiento, un gran número de migrantes de las regiones históricas calificaron para la regularización de su estatus migratorio (Durand y Massey 2003). A partir de ese año, un gran número de migrantes provenientes de las zonas históricamente expulsoras de México contarían con ciudadanía o residencia que les permitiera ingresar y trabajar de manera regular en Estados Unidos y gozar de múltiples

beneficios sociales (Binford y D' Aubeterre 2000; Binford 2004; Durand et al. 2006; Macías y Herrera 1997; Smith 1993a).

Otra gran diferencia entre los migrantes de occidente y bajío y los del centro ha sido su inserción en el mercado laboral estadounidense. Los “nuevos migrantes” se han empleado, mayoritariamente, en el sector servicios y la industria de la construcción (Binford 2004; Canales 2009 Levine 2011). El trabajo en restaurantes, supermercados y tiendas de autoservicios encabeza la lista de ocupaciones de estos nuevos migrantes (Levine 2011).

El crecimiento de la migración en estas regiones fue tan acelerado que, en menos de dos décadas, el centro se consolidó como unas de las principales regiones emisoras de migrantes hacia Estados Unidos. Desde los años ochenta, la migración en esta zona “se ha desarrollado rápidamente desde una línea de base reducida o inexistente en el transcurso de las últimas dos décadas” (Binford 2004:2). En el año 2000 se reportó que 31.7% (cifra similar a la de los estados de Jalisco, Michoacán, Guanajuato y Zacatecas, históricamente expulsores) de los migrantes internacionales mexicanos en Estados Unidos eran originarios del Estado de México, Guerrero, Tlaxcala, Oaxaca, Puebla, Veracruz; (Fundación BBVA Bancomer y CONAPO 2013). La incorporación de poblaciones del centro y sur del país a este flujo migratorio fue tan acelerada y masiva que mientras en 1980 la cifra neta de mexicanos radicados en el país vecino fue de 2.2 millones; en el año 2000, tan solo dos décadas después, se reportaron 9.3 millones (Leite et al. 2009).

En el censo del 2010, Puebla ocupó el quinto lugar en emisión de migrantes con un total de 6.8%, solo por debajo de Guanajuato (10.8%), Michoacán (7.7%), Jalisco (7.7%) y el Estado de México (6.8%) (INEGI 2011). Un número importante de estos migrantes provienen de la Mixteca, poblana que ha sido una región pionera tanto en el estado como en el centro del país en la emisión de migrantes hacia el norte. La expulsión de migrantes de esta zona ha tenido lugar desde la década de los cuarenta; cuando algunos jefes de familia se enrolaron en el programa de trabajadores agrícolas conocido como Programa Bracero (1942-1964) (Macías y Herrera 1997). No obstante, en las siguientes décadas, este flujo bajó considerablemente y, en algunas comunidades, prácticamente desapareció (Binford 2004; Macías y Herrera 1997; Smith 2006).

En un trabajo publicado por Robert Smith (1993b), un migrante proveniente de la Mixteca relata que, en 1942, junto a su hermano, en ese entonces ambos radicados en la ciudad de México, aplicaron al Programa Braceros sin tener éxito. Meses más tarde, uno de sus amigos los puso en contacto con un ítalo-americano que vacacionaba en la ciudad de México cada verano, quien los llevó a la ciudad de Nueva York. Al poco tiempo, encontraron trabajo en un restaurante, y años después, llevaron a familiares y amigos a laborar en la urbe neoyorquina (Smith 1993b). Este acontecimiento marcó el inicio de una tradición migratoria entre la Mixteca y la ciudad de Nueva York. Años más tarde, un gran número de migrantes provenientes de esta región seguirían estos patrones migratorios

Desde inicios de los ochenta, las constantes crisis en el país, los impactos negativos del neoliberalismo, el desempleo, los bajos salarios y un circuito migratorio en

pleno apogeo en la Mixteca motivaron que cada vez más personas emprendieran el viaje hacia la ciudad de Nueva York, donde ya se encontraban establecidos amigos, familiares y conocidos. Tal fue el impacto, que para finales de los años noventa se estimó que entre 65% y 70% de los migrantes mexicanos establecidos en la ciudad de Nueva York provenían del estado de Puebla; principalmente de la Mixteca (Macías y Herrera 1997). Desde entonces, las principales comunidades expulsoras de migrantes en el estado de Puebla han sido: Izúcar de Matamoros, Piaxtla, Chinantla, Tulcingo de Valle, Acatlán de Osorio, Tecamatlán y Tehuiztzingo, todas pertenecientes a la Mixteca (Rivera-Sánchez 2004). Pese a que la migración internacional en el estado de Puebla continúa concentrada en la zona de la Mixteca, la constante interacción entre los municipios y el deseo de un estándar de vida digno en un contexto local poco prometedor ha contagiado a cada vez más y más habitantes del estado; es el caso del municipio de Atlixco (Marroni 2009). En un principio, fueron hombres jóvenes quienes migraron al norte. Con la consolidación de las redes migratorias, y las pésimas condiciones locales, a este flujo se agregaron mujeres, casadas y solteras e, incluso, familias enteras. Como se mencionó en el segundo capítulo, la teoría de la causación acumulativa nos permite entender la masividad del fenómeno (Massey et al. 1993).

Zapotitlán Salinas, al igual que cientos de comunidades del estado de Puebla, fue “contagiada” por la fiebre de la migración en los años ochenta. A poco más de tres décadas, desde la salida del primer zapotiteco que se animó a cruzar la frontera con destino a la ciudad de Nueva York, acompañado de un pariente de Izúcar de Matamoros, la migración se ha posicionado como la principal forma de subsistencia en la comunidad. El resultado ha sido un alto índice de zapotitecos con experiencia migratoria, una

reconfiguración de las dinámicas y cotidianidades económicas y sociales y un cambio significativo en los patrones de consumo de bienes primarios y secundarios, temas que serán desarrollados a lo largo de esta investigación.